

# La conversión de san Agustín

---

Pedro Langa Aguilar, OSA

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

MADRID

**RESUMEN** La conversión de san Agustín está en vanguardia de la bibliografía internacional y tiene mucho que enseñar al hombre de hoy. Los datos históricos de las *Confesiones* evidencian que es aventura de la razón y de la gracia. Cubiertas sus etapas intelectual, eclesial y monástica, llegó la pascual mediante la recepción del bautismo. Don de presencia escondida en Dios, del constante reclamo a la interioridad, además de acontecimiento histórico, ha de ser vista en clave de camino, proceso, vocación permanente a seguir, una vez convertido, convirtiéndose más y más cada día.

**PALABRAS CLAVE** *Tolle lege, Gemitus cordis, Regione dissimilitudinis, Noverim me, noverim te, Bautismo, Iglesia, Monacato, Interioridad, Razón y Gracia.*

**SUMMARY** *The conversion of Saint Augustine has always been on the list of international best sellers and still has much to teach men and women of our world today. The historical data of the Confessions demonstrate the adventure of reason with grace. First we see the intellectual, ecclesiastical and monastic stages and then the Easter of Augustine's Baptism. As well as being an historical event, his conversion is the gift of the hidden Presence in God and of a constant calling to live the interior life. Augustine's conversion has to be seen always from the viewpoint of a journey, a process, a permanent vocation to go ahead, and, once converted, to be converted more and more every day.*

**KEYWORDS** *Tolle lege, Gemitus cordis, Regione dissimilitudinis, Noverim me, noverim te, Baptism, Church, Monkhood, Interior life, Reason and Grace.*

## I. LAS CLAVES DEL ANÁLISIS

Escribir de la conversión de san Agustín puede antojarse a veces ocioso por reiterativo, aunque nunca sea inoportuno. Y menos dentro de un Año de la Fe<sup>1</sup>

---

1 Convocado por BENEDICTO XVI en "Porta Fidei": AAS 11 (2011) 723-731.

con hoja de ruta de *La conversión en el proceso de la Iniciación cristiana*<sup>2</sup>. Miles y miles de páginas salen al año con ese rumbo, lo que en justo correlato viene a justificar mi aserto inicial. ¡Tanto se ha escrito del autor de las *Confesiones* que parece imposible hallar nuevas vetas en la mina! Y sin embargo, ahí siguen los escritores del ramo aportando matices que avalan la conveniencia de seguir en la brecha. Cabría también aquí, pues, acogerse al *non multa, sed multum*. Precisamente por fuerza del tema, salta a la vista que nunca esté de más afrontar algo que, sobre ser apropiado y siempre saludable, tiene la virtualidad de compartir al respecto, junto a su par la conversión de san Pablo, los primeros puestos en bibliografía internacional.

Se hace lógico, por otra parte, que en tan copioso fluir bibliográfico se den especiales repuntes debidos al calendario del personaje: v.gr. nacimiento, bautismo, la ordenación episcopal, la muerte, etc. No estará de más, entonces, recordar ahora, por ejemplo, el caudaloso cauce de artículos, tesis, libros y revistas de variado signo que el XVI centenario de la conversión y bautismo de san Agustín (386-387/ 1986-1987) produjo. A título de referencia, valga traer a la memoria la Carta Apostólica del beato Juan Pablo II *Augustinum Hippo-nensem* (28/8/1986), dirigida *a obispos, sacerdotes, familias religiosas y fieles de toda la Iglesia católica en el XVI centenario de la conversión de san Agustín, Obispo y Doctor de la Iglesia*<sup>3</sup>, los tres volúmenes de las actas del congreso internacional que con tal motivo el Instituto Patristico *Augustinianum* programó, celebró y editó en Roma<sup>4</sup>, y el volumen que recoge las actas de las *Jornadas Agustinianas*, convocadas en España sobre todo por la FAE bajo el título “San Agustín y el pensamiento antiguo”<sup>5</sup>, así como los estudios, numerosos, que ofrecen Fitzgerald y Lazcano<sup>6</sup>.

Si a ello agregamos que yo aquí pretendo tratar la cuestión en el Año de la Fe desde la perspectiva de la conversión según el proceso de la *Iniciación cristiana*, quedará patente que renuncie, de salida, a un sinfín de criterios posibles en el estudio —que los tiene, qué duda cabe, y algunos, por cierto, de mucha incidencia—, aunque, como contrapartida, también sea

2 Es decir, el argumento monográfico de *TyC* 127 (2013).

3 AAS2 (1987) 137-170.

4 Vid. *Atti*, 3 vols.

5 Vid. JA (Valladolid 1988). Asimismo, “La conversión. De la filosofía al cristianismo. XVI centenario de la conversión de san Agustín”: *Augustinus* 32/125-128 (1987) 526.

6 Vid. DSA [cf. mi recens. *En torno a un Diccionario de San Agustín*: RC 219 (2001) 867-274]; LAZCANO, 2007.

preciso significar que, justo por ello, lejos de provocar empobrecimiento analítico de ningún género, elijo, más bien, la que me parece mejor panorámica posible para estudiar un argumento de suyo fascinante.

Todo proceso de conversión lo es, sin duda. Aunque sólo fuere debido al derroche de gracia y misterio que la conversión encierra. Allí donde la Gracia irrumpe, tampoco tarda en abrirse camino un halo de sobrenatural protagonismo en las cosas envolviéndolas de saludable y soberana hermosura, de imprevista y acariciadora novedad y de horizonte sin fin. Porque, entendida sobre todo según el de Hipona solía, la conversión empieza y termina en Dios<sup>7</sup>. “Me convertiste a ti (cf. Sal 50, 15) de tal modo —precisará el santo—, que ya no me preocupaba de buscar esposa ni me retenía esperanza alguna de este mundo”<sup>8</sup>. En tal sentido, la vivencia que aquel incomparable Pastor de almas y eximio Doctor de la Gracia experimentó al respecto fue punto menos que incomparable, a causa de la magnitud humana y religiosa del personaje, así como por las muchas lecciones que un hecho histórico de tal envergadura encierra. Merece la pena, pues, hacerse a la vela con dichas claves.

## II. EL TIPO DE CONVERSIÓN DE SAN AGUSTÍN

Agustín de Hipona pertenece al ejército de convertidos que encabeza san Pablo. Santos uno y otro de semejanzas, espíritus ardientes los dos, genios incomparables ambos, estamos ante vidas marcadas por el fulgurante rayo de una conversión insólita. Si el diapasón de la música paulina es Damasco, el de la agustiniana es Milán. Hasta en el encuentro con la Gracia se aprecian similitudes. En el ardoroso discípulo de Gamaliel resuena el *Saulo, Saulo* (Hch 22,3-16). En el grandilocuente neoplatónico de Tagaste, el *Tolle lege, Tolle lege*<sup>9</sup>. De un perseguidor de Cristo, nace en Damasco el Apóstol de los Gentiles. De un contestador anticatólico, sale en Milán el más grande Padre y Doctor de la Iglesia.

7 Muy buenas las consideraciones de G. MADEC, *Petites études agustiniennes*. Préface de Jean Pépin (Institut d'Études Augustiniennes, Paris 1994) esp. En 4. *Dieu dans la conversion d'Augustin*, 71-89, y en concreto las de las pp. 71-74.

8 *Conf.* 8, 12, 30.

9 *Conf.* 8, 12, 29. Vid. M. G. MARA, “Le ‘conversione’, le ‘conversioni’, l’‘invito alla conversione’ nell’VIII libro delle Confessioni”: “*Le Confessioni di Agostino d’Ippona* (Edizioni “Augustinus”, Palermo 1985) 71-87: esp. 83-87; T. KATO, “‘Tolle lege’, *Conf.* 8, 12, 29. La voz de la narración y su realidad”: *Augustinus* 40 (1995) 153-158.

Por supuesto que el parecido no es completo. La del Obispo de Hipona fue conversión con un discurrir del todo singular, “ya que no se trató de una conquista de la fe católica, sino de una reconquista. La había perdido, convencido, al perderla, de que no abandonaba a Cristo, sino más bien a la Iglesia”<sup>10</sup>, fenómeno que en san Pablo no se da. Dominada por el afán de encontrar la verdad, la conversión agustiniana, y Juan Pablo II lo dejó bien escrito en la *Augustinum Hipponensem*, tiene mucho que enseñar a los hombres de hoy, perdidos a menudo frente al gran problema de la vida<sup>11</sup>, raíz y origen de tantos otros problemas.

Grave error el suyo, claro que sí, plantear como dilema entre fe o razón lo que más bien es binomio. Y dislate más grande aún desentenderse de las Escrituras y, sin previa consulta, elegir sólo la razón. Las preguntas, con todo, surgen inevitables: ¿Pudo influir negativamente la división eclesial de entonces entre católicos y donatistas? ¿Se habría decidido a preguntar, de haber contado la Iglesia africana de su tiempo con un san Cipriano, pongo por caso, o un Aurelio, aquel gran primado con el que Agustín, ya de obispo, sacará tantas cosas adelante; con una figura católica de relieve, en resumen? No parece que, hoy por hoy, haya respuesta satisfactoria, aunque a la vista de posteriores contactos con san Ambrosio algo podría uno adivinar: nunca comprenderemos del todo cuán importante sea para los fieles el testimonio de una jerarquía competente, unida. La impresión que en el dubitativo Agustín causó la joven Iglesia de Milán durante su conversión y bautismo fue, de veras, imborrable: aquella comunidad fervorosa y viva, congregada junto al obispo para salmodiar y cantar himnos, y aquella sublime elocuencia de un pastor de almas —san Ambrosio—, que sabía decir lo que decía comunicando cuanto sabía, conmovieron profundamente al futuro Pastor de Hipona.

Interesa también reconocernos ante una conversión intelectual primero y cordial después. Como la de Newman, por ejemplo. Una de esas conversiones que empiezan por la tibia luz de un orto balbuciente que, poco a poco, según avanza la mañana, va desperezándose hasta la eclosión transformadora de un mediodía estallante de luz. Lento y difícil proceso, ciertamente, pero también seguro y eficaz. Cristo se reveló al de Tagaste, igual que

---

10 AH 1. *La conversión* (p. 16). Merece la pena repasar la síntesis que Madec ofrece sobre el tenor de esta conversión y las diversas interpretaciones que ilustres autores hacen al respecto: cf. MADEC, *Petites études agustiniennes*, 71-74.

11 AH (p.16).

muchos siglos más tarde lo haría con el de Oxford, a fuerza de provocar el ansia de Verdad, el rayo de luz, el hambre y sed de Dios: “Gusté de Ti —recordará el hijo de santa Mónica— y siento hambre y sed”<sup>12</sup>. Cabalmente Newman pone de relieve la importancia de la conversión agustiniana cuando escribe: “Este acontecimiento memorable, su conversión, ha sido celebrado en la Iglesia de Occidente, después de los primeros tiempos, como un acontecimiento único en su género, dejada aparte la conversión de San Pablo”<sup>13</sup>.

Las conversiones de Newman y Agustín, por otra parte, son de tipo eclesiológico. El suyo es, más que nada, fatigoso itinerario que los críticos explican como expresión del gemido del corazón (*gemitus cordis*)<sup>14</sup>, o del agonismo humano. Por eso mismo el antidonatista sintagma *Securus iudicat orbis terrarum*<sup>15</sup> viene a ser, a la postre, como un Toma y Lee (*Tolle lege*) para el propio Newman. Luego veremos que este emblemático *Tolle lege* con que suele ser conocida la conversión de san Agustín, en realidad no encaja de lleno con los momentos todos que ella presenta en aquel sobrenatural proceso de gracia y amor.

Para esta hora de permanente propaganda y manipulación del lenguaje importa mucho asimismo destacar el decisivo papel que la lectura jugó en dicha conversión. Y hablando de lectura, no sobrará que incorporemos hoy ese complejo mundo de la informática, los medios, las redes sociales. Con el brillante prosista y mediocre filósofo Cicerón Agustín se abrió camino hacia la búsqueda. Las cosas no rodaron bien al principio por falta de asesoramiento. Algunos años más tarde, sin embargo, los neoplatónicos harían con él muchos kilómetros de gozoso retorno a Dios.

El siempre genial san Pablo se encargó de abrir, por fin, las alas del Águila de Hipona en aquel vuelo hacia la cumbre ascética del *Tolle, lege*. Porque la dramática escena del jardín no debe plantearse, he ahí el error de algunos, entre ser pagano o ser cristiano —que en ese momento ya lo era—, sino entre ser cristiano dentro del matrimonio, o serlo enteramente consagrado a Dios en la vida religiosa. “De joven me acerqué por primera vez a las Sagradas Escrituras. Me acerqué a ellas no con la piedad del que busca humil-

12 *Conf.* 10, 27, 38. Vid. A. SOLIGNAC, “Le libre X des Confessions”: “*Le Confessionni*” di Agostino d’Ippona. *Libri X–XIII*. (Edizioni “Augustinus”, Palermo 1987) 9-34.

13 P. LANGA, *Beato Juan E. Newman*, esp. 4. *La conversión en Newman y en San Agustín*, 65.

14 *Conf.* 7, 7, 11; 10, 29, 64, etc. Profunda y frecuente expresión del san Agustín de la interioridad.

15 *C. Ep. Parm.* 3, 4, 24. Vid. P. LANGA, n. compl. 22: “*Securus iudicat orbis terrarum*”, en OCSA XXXII (Col. BAC 498). *Escritos antidonatistas (1<sup>o</sup>)* (Madrid 1988) 877-878. Cf. además la nota 11.

demente, sino con la presunción de quien quiere discutir... ¡Pobre de mí, que me creí apto para el vuelo, abandoné el nido y caí antes de volar!”<sup>16</sup>. Con plumón en las alas, el inexperto aguilucho estuvo a punto de malograrse fuera del nido y ser pisoteado por la gente. La bendita y amorosa mano de Dios lo devolvió con paternal ternura a su arbolada mansión eclesial, desde la que más tarde, Águila de Hipona ya, ahora sí, rompería majestuosa el vuelo hacia las inmensas alturas del espíritu cruzando los infinitos cielos de la historia<sup>17</sup>.

Repetidas veces afirma él, además, que debe la conversión a las oraciones y lágrimas de su madre. Mónica, en efecto, cual viuda de Naín rediviva, había llorado la muerte espiritual del hijo<sup>18</sup>. Lo había seguido por tierra y por mar. Había entendido como venida del cielo la consoladora frase de un sabio prelado —“no es posible que se pierda el hijo de tantas lágrimas”<sup>19</sup>—, y su angustiada oración no sólo fue escuchada, sino que obtuvo cien veces más de lo que pedía<sup>20</sup>. Un encanto de mujer, esta piadosa Mónica, la verdad, un maravilloso ejemplo el suyo para tantas madres de hoy. ¡Y pensar que algunos monseñores, cuando la reforma litúrgica posconciliar, estuvieron a punto de barrerla del calendario! Oponerse a su despropósito y concebir la feliz idea de colocarla junto a su hijo (27 / 28 de agosto) fue, por contra, obra impagable de Pablo VI.

### III. AL AIRE DE LOS DATOS HISTÓRICOS

“La conversión de san Agustín se inscribe entre las que presentan dos fases: una, de alejamiento hasta el abismo del error; y otra, de retorno hasta el feliz encuentro con la verdad”<sup>21</sup>. André Mandouze acertó a expresarlo en una frase a primera vista un tanto alambicada, pero certera y definitiva como tantas suyas: “A través de las exclusivas de lo que pudiera denominarse *la aventura de la contradicción* —dice—, lo mismo que a través de las sorpresas de

16 *Serm.* 51, 5, 6.

17 Cf. *Conf.* 7, 1, 1; 7, 7, 11.

18 Cf. *Conf.* 6, 1.

19 *Conf.* 3, 12, 21.

20 *Conf.* 8, 12, 30.

21 P LANGA, “Sobre la ‘primera crisis religiosa’ de san Agustín”: EA 22/fasc. 1-3 (1987), 209-234: 209, n.1.

lo que podría llamarse *la aventura de la aversión*, se preparó la lógica de aquello que es *la aventura de la conversión*<sup>22</sup>. Lo que el insigne agustinólogo francés dejó escrito del proceso vale para uno y otro rumbo, y en ambas direcciones —la del alejamiento y la del retorno— es posible hallar, una vez puesto a la tarea, copiosas lecciones de luz para la espiritualidad.

La facilidad y rapidez con que san Agustín abrazó el maniqueísmo —*facile ac diebus paucis*<sup>23</sup>— sigue constituyendo, a posteriori, todo un aviso de cautela frente al peligro, y cuando menos un hito significativo de aquel dispersivo itinerario hacia el error. Pero hay otros a él aparejados, como los que se atisban en la adolescencia<sup>24</sup>, o el que arroja la lectura del Hortensio<sup>25</sup>, sin que tampoco deba descuidarse la consulta del autosuficiente retórico a la Biblia<sup>26</sup>, amén de nuestro joven protagonista llamando a las puertas de escépticos, matemáticos y neoplatónicos.

El fervor maniqueo denuncia el estado de miseria adonde fue a parar aquel distinguido profesor de Retórica. Itinerario, éste, iniciado con anterioridad, claro es, cuando derivó hacia la mortalidad de lo carnal y tenebroso. Su pluma se encarga de insinuarlo con vivas imágenes: *flumen tartareum*<sup>27</sup>, *libido*<sup>28</sup> y *caecitas*<sup>29</sup>. Y el porte religioso de la vestidura metafórica responde unas veces a la mitología neoplatónica —por ejemplo, cuando define este *volver las espaldas a Dios* como un *salir fuera de sí mismo*<sup>30</sup> para perderse en la región de la desemejanza: *in regione dissimilitudinis*<sup>31</sup>— y otras, más a me-

22 *Saint Augustin. L'aventure de la raison et de la grâce* (Études Augustiniennes, París 1968) 718.

23 *De d. an.* 1,1. La crítica no acaba de ponerse de acuerdo interpretando este célebre texto del inmortal neoplatónico de Tagaste y Cartago. Para una exhaustiva referencia bibliográfica en tal sentido, cf. LANGA, "Sobre la 'primera crisis religiosa' de san Agustín", 210, n. 5.

24 Concretamente los de la puericia, referidos en los cc. 8-20 de los libros I y II de las *Confesiones*.

25 M. TESTARD, *Saint Augustin et Cicéron*, t. I, 19-39; MANDOUZE, 93-96; G. MADEC, *Saint Augustin et la philosophie. Notes critiques* (Col. Des Études Augustiniennes —Série Antiquité— 149; Institut d'Études Augustiniennes, París 1996) esp. 3. *Hortensius*, 25-29.

26 J. RIES, "La Bible chez saint Augustin et chez les manichéens": REAug 7 (1961) 231-243; 9 (1963) 201-215; 10 (1964) 309-329; P. LANGA: EA 22, 210, n.6-8.

27 *Conf.* 1, 6, 26. El *Tártaro* equivale en la mitología religiosa neoplatónica al sentido cristiano de las bíblicas *longinqua regio* / *regio egestatis* de la parábola del hijo pródigo. Cf. LANGA: EA 22, 212, n.16 [donde ofrezco bibliografía].

28 *Conf.* 3, 1, 1.

29 *Conf.* 8, 4, 9; también *In ps.* 99, 5.

30 *Conf.* 5, 10, 18. Vid. COURCELLE, 314.

31 *Conf.* 7, 10, 16. LANGA: EA 22, 212, n. 20 [con bibliografía].

nudo, a la Escritura, ya con los sintagmas *regio mortis - regio egestatis*<sup>32</sup>, ya por alusiones a la parábola del hijo pródigo (Lc 15,11-32), a menudo glosada en la predicación<sup>33</sup> y traída a las *Confesiones* para ilustrar su propio caso: “apartándome de ti, me marché a una región lejana (*in longinquam regionem*) para disiparla (mi hacienda) entre las rameras de mis concupiscencias”<sup>34</sup>. Locuciones todas del retórico que Agustín llevaba dentro de sí que reaparecerán cuando se refiera descriptivo a su pasado maniqueo.

Es en el libro IV de las *Confesiones* donde aborda su militancia en la Secta (años 374-383): desde sus 18 a sus 27 años, por tanto, según él mismo indica<sup>35</sup>. En terminología romana, la adolescencia todavía. Según nuestra denominación actual, por el contrario, el apogeo de su juventud. Con dos escenarios añadidos: Tagaste y Cartago: ciudades una y otra donde ejerce de retórico. Narra las situaciones interiores y las convicciones especulativas, o más genéricamente dicho: culturales, que caracterizan esta etapa de su vida.

Detalla en el libro V el paso de la certeza y seguridad como maniqueo (libro IV) hasta la situación de duda (libro VI): principia en cuanto fervoroso discípulo de Manés<sup>36</sup>, pese a sus dudas, para ir poco a poco desvinculándose de la fe maniquea hasta abandonarla, bien que sin abrazar aún la católica, por más que suspire por acogerse de nuevo a su regazo como catecúmeno. Desde el punto de vista moral, también aquí se dan cambios notables. Si en el III mostraba hasta qué punto el aspecto moral repercute en el religioso (el decaimiento moral conduce a una fe errada: maniqueísmo), aquí es a la inversa (el decaimiento en la fe, bien que errada, hace revivir viejas apetencias): de hecho, luego de apagado el entusiasmo maniqueo, se enciende en él la desmedida ambición de dinero y de gloria mundana. Entre ambos libros III y V, está el IV, que muestra cómo una fe sincera, incluso errada, insisto, incluye una reforma moral, por más que esta no sea plena.

Desde la parábola del hijo pródigo, este libro V corresponde al momento en que, tras las experiencias negativas a las espaldas, resuelve volver

32 *Conf.* 4, 12, 18. LANGA: EA 22, 212, n. 21 [con bibliografía].

33 *Serm.* 112 A,2; 962; 177,9; 179 A,4; 229 O,2; 344,6, etc. Vid. A.-M. LA BONNARDIÈRE, *La parabole de l'Enfant prodigue dans les Confessions de saint Augustin*. AEPHE 73 (1965) 154-155.

34 *Conf.* 4, 16, 30. Lúcidas las reflexiones al respecto que aporta COURCELLE, 74, n. 4.

35 *Conf.* 4, 1, 1.

36 J. K. COYLE, “Manés, maniqueísmo”: DSA, 831-838; LAZCANO, nn. 2442-2445, 5866, 5873.



a la casa del Padre. Por cierto que el autor entiende este momento como el de una nueva creación. Alejado de Dios (libro IV), era pura ruina. Ahora empieza su regreso, que él interpreta como un ser re-hecho, re-creado, re-formado. En cotejo con los otros libros, el V se conoce menos que los dedicados a los balbucesos de Agustín en la vida, o a los que, como el VII y el VIII, se suele llamar impropriadamente “relato de conversión”. Diríase que constituye un cúmulo de certezas e incertidumbres. Claramente desvela en sus páginas, en fin, que por el otoño del año 384 *manichaeos quidem relinquendos esse decreui*, o sea, “tomé la resolución de abandonar a los maniqueos”<sup>37</sup>.

Y no coloca la razón principal de su ruptura con la Secta en el orden religioso. No. Esta, la ruptura, es, más bien, de orden racional, es decir, científico<sup>38</sup>. Y así, de pronto, este prosélito en el alma que fue siempre Agustín empieza a sentir fuertemente (*fortiter intendi animum*) la resolución de convencer del error a sus correligionarios: “Concebí entonces el firme propósito de ver el modo de convencer de falsedad a los maniqueos mediante argumentos definitivos”<sup>39</sup>. Pronto, sin embargo, comprende que su resolución es prematura, puesto que, falto aún de la ayuda que le suministrará el neoplatonismo, él no puede todavía concebir la sustancia espiritual<sup>40</sup>.

Sin ser tampoco decisiva, la exégesis ambrosiana va a venir a echarle una mano. Y en él se dejará sentir por lo menos lo bastante como para derribar prejuicios contraídos con la crítica maniquea de la Biblia en opuesto sentido a la Ley y los Profetas. En resumen: si el catolicismo no le parece ya más un vencido, tampoco se le alcanza todavía que sea el vencedor. Lejos de conducirlo a una posición neta, clara, el hecho de que los argumentos para refutar o sostener uno u otro partido se equilibren, entraña más bien, a su entender, y desde el punto de vista especulativo, un estado de espíritu flotante que corresponde al usual entendimiento que se hace de la Nueva Academia<sup>41</sup>.

Flota su duda primero sobre el maniqueísmo, en tanto en cuanto ha dejado en él huellas y buenos amigos; segundo y tercero, sobre la ciencia y la filosofía, en la medida que, respectiva y contrariamente, la una le conduce al

37 *Conf.* 5, 14, 25. Matiza muy bien todo esto A. MANDOUZE, en “Le livre V des *Confessions* de Saint Augustin”: “*Le Confessionni*” di Agostino d’Ippona (Edizioni “Augustinus”, Palermo 1984) 39-55: esp. en las pp. 45, n. 28. 53, n. 67.

38 *Conf.* 5, 14, 25.

39 *Conf.* 5, 14, 25.

40 “Si hubiera sido capaz de concebir una sustancia espiritual, al punto quedaría destruida toda aquella tramoya” (*Conf.* 5, 14, 25).

41 *Conf.* 5, 14, 25.

maniqueísmo, y la otra le diluye en la duda académica a falta de dar por fin su lugar a Cristo; cuarto, sobre el catolicismo, puesto que, sin ser —como no hace mucho lo era— descalificado, aún le asalta con persistencia demasiada incertidumbre como para que éste se le imponga en cuanto regla definitiva.

De todo lo dicho sale, no ya desde lo especulativo sino sobre todo prácticamente y en contrapartida del abandono de la Secta, la solución de espera que la última frase del libro V insinúa: “En consecuencia, a la espera de que surgiese algo seguro adonde encaminar mis pasos, tomé la resolución de ser catecúmeno en la Iglesia católica, que me había sido recomendada por mis padres”<sup>42</sup>. Llegado el crepúsculo del maniqueísmo a su vida, despunta contemporáneamente también en ella la aurora del catolicismo. Preludio de un retorno a la vez que pórtico de la conversión a Dios. Tal es el resumen del libro V<sup>43</sup>.

#### IV. CONVERSIÓN INTELECTUAL, ECLESIAL, MONÁSTICA

Las tres pueden entenderse complementarias de camino hacia Dios. La monástica es la meta final adonde llega el convertido y bautizado de Casiciaco – Milán<sup>44</sup>. Pero la eclesial ha determinado antes el punto culminante de retorno a la Verdad, algo que, de no existir, haría impensable la monástica. Y en cuanto a la intelectual, es la primera, esa que, sólo después de llevada a efecto, da paso a la eclesial y a la monástica.

Arranquemos del Hortensio, esa vibrante exhortación filosófica de Cicerón. Llegó de pronto a sus manos, y su lenguaje produjo en él lo que algunos agustinólogos califican de primera conversión. Saliendo al paso de ciertas puntualizaciones de O’Meara, Mandouze define este “descubrimiento inesperado” como “primer entusiasmo de Agustín [...] a la vez de orden intelectual y de orden religioso”. Cambio interior que da paso a lo que Körner llama “die begonnene Wendung von *Foris* zum *Intus*”. O sea, el inicio de un camino de lo exterior a lo interior, de fuera a dentro. A juicio de Capánaga “se trata de un

42 *Conf.* 5, 14, 25. Vid. MADEC, *Petites études agustiniennes*, 94.

43 MANDOUZE, 55.

44 A. SÁNCHEZ CARAZO, “La conversión de san Agustín y la vida monástica”: *Scripta Theologica* 18 (1986/3) 827-846.

acontecimiento espiritual y cultural en el proceso de su vida y algunos lo consideran como una primera conversión. Lo es en cierto sentido, en cuanto que ya el espíritu de Agustín se volvió —se convirtió— hacia la sabiduría misma, que abrazaría después con su conversión<sup>45</sup>. En realidad, no sería abusivo calificar de primera conversión el efecto del Hortensio en Agustín, dado que él mismo afirma que “semejante libro cambió mis afectos y mudó hacia ti, Señor, mis súplicas e hizo que mis votos y deseos fueran otros. De repente apareció a mis ojos vil toda esperanza vana, y con increíble ardor de mi corazón suspiraba por la inmortalidad de la sabiduría, y comencé a levantarme para volver a ti”<sup>46</sup>.

Profunda fue la impresión —no era el estilo lo que en dicha lectura buscaba, sino lo que decía— y hondo de igual modo el cambio producido, pues transformó afectos, mudó súplicas, rectificó votos y enmendó deseos. Dicha conversión interior se percibe también por la nueva actitud del universitario ante las cosas: de repente —elemento sorpresa propio de las conversiones radicales— le pareció vil —léase vieja y repudiable—, toda esperanza vana, de suerte que empezó a suspirar por la inmortalidad de la sabiduría —casa paterna una vez más con lenguaje del hijo pródigo— y a levantarse para volver a Dios: “Y comencé a levantarme para iniciar el retorno a ti” (= *et surgere coeperam, ut ad te redirem*)<sup>47</sup>. De la noche hacia el día, de lejanas tierras hacia la casa del padre, de la *regio dissimilitudinis* a la *vita imperturbabilis*. Era la luz.

Y sin embargo, la conversión intelectual llegará durante el proceso de retorno de los maniqueos, o sea mucho más tarde. El libro VII de las *Confesiones* comprende el año treinta y uno de la vida de san Agustín. El marco geográfico de los acontecimientos, marcadamente personales, es Milán. Y un dato digno de nota, en la ciudad existía un círculo de filósofos cristianos que podía dar razón, al menos en parte, de otros cenáculos de cultura. En la presentación que en otra obra él hace de las edades del hombre, la “juventud” se caracteriza por el descubrimiento de “la verdad intelectual que brilla en el alma como un sol”: buena síntesis del contenido del libro. En otro orden de cosas,

45 Cf. *Conf.* 3, 4, 7. Ofreciendo amplia bibliografía al respecto, vid. LANGA: EA 22, 225, n.116-119.

46 *Conf.* 3, 4, 7. Vid. J. RIES, “Saint Augustin et le manichéisme a la lumiere du livre III des Confessions”: “*Le Confessionni*” di Agostino d’Ippona (Edizioni “Augustinus”, Palermo 1984) 7-26; G. MADEC, *Petites études agustiniennes*. Préface de Jean Pépin (Institut d’Études Augustiniennes, Paris 1994) esp. 5. *La conversión d’Augustin. Intériorité et communauté*, 91-103: esp. 93, n.8.

47 *Conf.* 3, 4, 7.

descubre el ser espiritual de Dios y, asimismo, al verdadero Mediador que permite el acceso a Él, el Cristo de san Pablo, el Cristo católico.

El aspecto moral en este libro no tiene mayor importancia, aunque tampoco de ella carezca. No olvida el autor, por ejemplo, referirse al riesgo —tras la lectura de los libros de los platónicos y antes de descubrir al auténtico Cristo de la Iglesia—, de sucumbir al orgullo propio de aquellos filósofos, a la postre *nobis propinquiore*<sup>48</sup>, no se olvide. El libro VII, por lo demás, consta de dos partes netamente definidas, cuyo punto de inflexión viene marcado por la lectura de unos libros de filósofos neoplatónicos. En cuanto a la primera, el de Hipona presenta en ella cuál era el mundo de sus ideas —dígame logros lo mismo que dudas residuales— relativas sobre todo al ser de Dios y al problema del origen del mal<sup>49</sup> (1,1-8, 12). Destina en cambio la segunda a referir los resultados que en él produjo tal lectura. En coherencia con el título que a esta segunda parte se asigna —“La patria y el camino”—, cabría, a su vez, abrir otros dos sub-apartados. Uno, centrado en la patria, o sea Dios recién descubierto en su realidad espiritual y en la nueva ontología que de ahí se deriva<sup>50</sup>; el otro, interesado más bien por el Camino para llegar a dicha patria, o sea, Cristo mediador<sup>51</sup>.

El marco geográfico del libro VIII sigue siendo Milán, donde continúa impartiendo la retórica. Su entorno, por contra, es ya plenamente eclesial. Entre los ilustres personajes con que Agustín se relaciona, destacan Simpliciano<sup>52</sup> y Ponticiano<sup>53</sup>, hombres ambos de Iglesia, clérigo el primero y laico el segundo. Desde el punto de vista religioso-intelectual: su problema ha desaparecido, por cuanto ha conocido la Patria, Dios, y el Camino hacia ella, Cristo, según

48 Vid. G. MADEC, *Saint Augustin et la philosophie. Notes critiques*, esp. 15. “*Nobis propinquiore*. La vérité du platonisme”, pp. 115-120.

49 *Conf. 7, 1, 1 – 8, 12*.

50 *Conf. 7, 9, 13 – 17, 23*.

51 *Conf. 7, 18, 24 – 21, 27*.

52 San Agustín escribirá al principio de su episcopado respondiendo a una serie de preguntas a él formuladas por su antiguo mentor y amigo Simpliciano, luego sucesor de san Ambrosio en Milán. Dicha obra lleva el título de *Ad Simplicianum de diversis quaestionibus*. Vid. sobre la obra, G. MADEC, *Introduction aux “Révisions” et à la lectura des oeuvres de saint Augustin* (Institut d’Études Augustiniennes, Paris 1996) 161. En cuanto al personaje, cf. J. WETZEL, “*Simplicianum, Ad (A Simpliciano)*”: DSA, 1234-1236.

53 Vid. al respecto las numerosas referencias bibliográficas que ofrece COURCELLE, 733; PAC 1, 884; A. DI BERARDINO, *Ponticiano*: DPAC, II, 2872s.

él mismo precisa en el VII. Lo que ahora le preocupa no es, en definitiva, estar más seguro de Dios, sino más estable en Él. No es cosa de ideas, sino de convertir esas ideas en vida. El suyo, por eso, es problema de voluntad.

El religioso, en cambio, dicho lo dicho, todavía persiste habida cuenta que ha descubierto el Camino, sí, pero no acaba de animarse a caminar por Él: entrar en la Iglesia como miembro de pleno derecho y llevar en ella una vida cristiana. ¿Y qué se lo impide? De las tres apetencias que en el libro VI<sup>54</sup> aún envolvían su vida, ya no se siente tan esclavo del dinero ni de los honores, pero sí de la carne. Aplicando aquí la parábola del hijo pródigo, digamos que Agustín está viviendo ahora, en este libro VIII, su llegada a la casa del Padre. No lo detalla, como en los libros anteriores suele hacer, es cierto. Más bien prefiere mencionar el sueño de su madre Mónica sobre la regla de fe: se encuentra ya, sí, en la misma regla de fe, según había ella visto en el sueño narrado en el libro III<sup>55</sup>.

También comprende este libro VIII, en fin, dos partes, precedidas de una introducción, en la que nuestro divino Hiponense desvela su propósito al escribir el libro y su propia situación moral. Al núcleo de una y otra van sendos ejemplos propuestos respectivamente por un clérigo y por un laico para impulsarle a dar el paso definitivo. Ejemplo de la primera es Mario Victorino<sup>56</sup>. De la segunda, los monjes<sup>57</sup>.

## V. CONVERSIÓN Y CONVERSIONES

“El domingo 22 de abril de 2007 Benedicto XVI visitó Pavía, ciudad lombarda que custodia los restos de san Agustín. Durante la misa matinal expuso desde una serena lectura de las *Confesiones* diversas clases de conversión. Las Vísperas de la tarde, horas después, le permitieron manifestar que en ese momento conclusivo su visita tomaba la forma de peregrinación que él mismo

---

54 Cf. *Conf.* 6, 6, 9. Vid. C. LEPALLEY, “Un aspect de la conversion d’Augustin: La rupture avec ses ambitions sociales et politiques”: BLE 88 (1987) 229-246.

55 Cf. *Conf.* 3, 11, 19.

56 *Conf.* 8, 2, 3 – 5, 12.

57 *Conf.* 8, 6, 13 – 12, 30.

había concebido al inicio, pues de atrás le venía el deseo de llegarse hasta la urna del santo para rendir el homenaje de toda la Iglesia católica a uno de sus «padres» más destacados y, a la vez, «manifestar —añadió— mi devoción y mi gratitud personal hacia quien ha desempeñado un papel tan importante en mi vida de teólogo y pastor, pero antes aún de hombre y sacerdote». Homenaje de toda la Iglesia, pues, y, al propio tiempo, devoción y gratitud personales<sup>58</sup>.

“Quien lee las *Confesiones* —había adelantado el papa Ratzinger por la mañana— puede compartir el camino que Agustín, en una larga lucha interior, debió recorrer para recibir finalmente, en la noche de Pascua del año 387, en la pila bautismal, el sacramento que marcó el gran cambio de su vida”. *Las Jornadas Agustonianas* del XVI centenario de la conversión de san Agustín, Madrid, 22-24 de abril de 1987 —obra citada en este trabajo—, me depararon la oportunidad de pronunciar una conferencia cuyo título es precisamente *San Agustín y su “conversión pascual” del año 387*, recogida luego en el citado libro de ponencias. Su finalidad de fondo no era otra que probar varios puntos relativos a cuanto, andando el tiempo, y ahora Benedicto XVI en este fragmento, dejó entender<sup>59</sup>.

Maticemos primero lo de “larga lucha interior”. Analizado el camino recorrido por nuestro neo-converso desde jornadas más o menos anteriores a Casiciaco hasta la irrepetible de su bautismo en Milán permite a quien lo indague, o por lo menos lo intente, distinguir un quehacer largo y fatigoso, duro, lleno de dificultades. Porque la conversión del Neoplatónico de Tagaste —circunstancia esta que no siempre se destaca, por cierto—, fue primero intelectual y luego cordial. No es, pues, en tal sentido, equiparable, por ejemplo, a la de san Pablo, pese a que uno y otro sean considerados exponentes de los grandes convertidos en la Iglesia católica y, como atrás dejo dicho, entre ambos reine, a efectos que no son éste que aquí analizo, gran afinidad.

Otro matiz digno de nota es el del modelo de conversión que dicho camino deja patente: san Agustín no se convierte a Cristo, de quien nunca se alejó, sino a la Iglesia católica. Por repetirlo con el beato Juan Pablo II en su

---

58 P. LANGA, “Discípulos del Amor con Agustín de Hipona”, n.1, en: *Aula virtual OSA de la Provincia de España* ([www.agustinos-es.org/formacion/moodle/](http://www.agustinos-es.org/formacion/moodle/)). Cf. Visita pastoral a Vigévano y Pavia. *Celebración de Vísperas. Homilias del Santo Padre Benedicto XVI. Pavia, domingo 22/4/2007*. © Copyright 2007-Libreria Editrice Vaticana ([http://www.vatican.va/holy\\_father/benedict\\_xvi/homilies/2007/documents/hf\\_ben-xvi\\_hom\\_20070422\\_vespri-pavia\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/homilies/2007/documents/hf_ben-xvi_hom_20070422_vespri-pavia_sp.html)).

59 LANGA, “Discípulos del Amor con Agustín de Hipona”, esp.1.

carta apostólica AH: “no se trató [en la conversión de san Agustín] de una conquista de la fe católica, sino de una reconquista. La había perdido, convencido, al perderla, de que no abandonaba a Cristo, sino más bien a la Iglesia”<sup>60</sup>. Ni siquiera sería correcto afirmar que la conversión del *Tolle, lege* fue al catolicismo —adonde, por cierto, ya había llegado—, sino más bien a la vida monástica dentro de la Iglesia católica. De ahí la jubilosa reacción de santa Mónica comprobando que sus oraciones le habían reportado “un gozo mucho más pleno de lo que ella había deseado”<sup>61</sup>.

Con la Dogmática en mano, Tratado de Gracia por más señas, sería posible extraer de tales asertos dos conclusiones a cual más digna de contar para la sociedad posmoderna en que vivimos: una, lo infalible de la oración, que nunca falla por mucho que el más desenfadado y descreído tipo de este mundo tan descristianizado y frío a veces así lo crea; y otra, que Dios nunca se deja ganar en generosidad. Y aquí también vendría oportuno dejar constancia de quienes por lo común sostienen que el mal es más fuerte que el bien, cuando resulta no ser así. Cuesta admitirlo, no lo dudo, sobre todo cuanto atosigan esos reveses y esos mandobles que te da la vida, terribles en ocasiones, pero a la postre no hay más remedio que asentir en que la fuerza definitiva, la que no tiene competidores, de Dios proviene y en Dios encuentra su más alto y reposado asiento que diría Fray Luis. Es la fuerza de la Gracia.

El tercer motivo digno de nota deriva del sacramento del bautismo. Hay en el libro IX de las *Confesiones* como una sostenida e implícita referencia a la gracia bautismal en cuanto cumbre del *Tolle, lege*. La preocupación que en Casiciaco sigue pesando como una losa en el ánimo de nuestro simpático neo-converso disertado mañana y tarde con el grupo en oración compartida y en enseñanza buscada y deseada y comunicada proviene de no haberle sido perdonados aún sus pecados por el sacramento del *tránsito pascual*. Indirectamente lo reflejan la serenidad y el aire liberador de un peso que la gracia bautismal le produce apenas recibida.

Cuando Agustín escriba las *Confesiones* y rememore, ya obispo maduro él, estos hechos remotos en el tiempo sabrá de sobra que el bautismo es sacramento que regenera al hombre, le hace partícipe de la divina naturaleza, transforma radicalmente su persona toda. Recuerda sin duda que, recibidas las

---

60 AH 1.

61 *Conf.* 8, 12, 30. Vid. la n. 8.

aguas bautismales, pudo por fin abrirse de lleno a Dios; y la divina gracia en él, por su parte, hacerle ansiar en plenitud lo que hasta entonces sólo parcialmente había querido (o podido querer). Excusado es decir que de tales consideraciones deriva también aquí una poderosísima carga sacramental y ascética con notorio reflejo en cualquier biografía cristiana de esta hora de enfrentamientos e incertidumbres, de posmodernidad o ultra-modernidad.

## VI. CONVERTIDO, APRENDIÓ Y ENSEÑÓ A SEGUIR CONVIRTIÉNDOSE

La gran lección del convertido Agustín es que quien busca a Dios, aunque por el camino tropiece, acaba encontrando a Dios. La experiencia enseña que a la noche sucede el día, y a la penumbra la luz. “Nunca llega (a la meta) sino el que está en el camino; mas no todo el que está en el camino llega”<sup>62</sup>. Ni pocos ni pequeños, pues, fueron los obstáculos interpuestos en semejante *aventura de la razón y de la gracia*<sup>63</sup> hasta la reconquista del Cristo adorable de la niñez en el irrepetible *Transitus paschalis* de su bautismo<sup>64</sup>.

Acierta Benedicto XVI cuando del sacramento bautismal en el neófito Agustín afirma que “marcó el gran cambio de su vida”, otro de los hitos del camino de conversión que marca el libro IX de las *Confesiones*, libro, según finamente definió el cardenal Michele Pellegrino, *de la luz, de la paz y del gozo*, del Agustín sacramentalmente renacido, añadido yo ahora, del neófito que acaba de resucitar haciendo suya —o sea de Aurelio Agustín ahora— la Pascua de Cristo. Agustín convertido aprendió a seguir convirtiéndose, principio este que, dado el carácter didáctico de su obra inmortal, puede interesar por provechoso a cada lector de sus estremecidas páginas: de ahí el inicio del texto papal: “Quien lee las *Confesiones* puede compartir el camino que Agustín, en una larga lucha interior, debió recorrer”<sup>65</sup>. Emplazando este mensaje hoy dentro de

62 *Serm.* 346 B, 2.

63 A. MANDOUZE, *Saint Augustin. L'aventure de la raison et de la grâce* (París 1968).

64 Cf. P. LANGA, “La teología náutica en la catequesis de los Padres”: *Teología Espiritual* 30/88 (1986) 107-117: 114; CH. MOHRMANN, “*Pascha, Passio, Transitus*”: *Id., Études sur le latin des chrétiens. Tome I. Le latin des chrétiens* (Edizioni di Storia e Letteratura, Roma 1961) 205-222.

65 LANGA, “Discípulos del Amor con Agustín de Hipona”, esp. 1.



la catequesis, pongo por caso se advierte que eso, y no otra cosa, quiere significar el exhorto a vivir diariamente la vocación cristiana. Vivir ésta conlleva una renovada conquista espiritual.

Lo medular de su teología y de su mística se reduce a puro dinamismo y a proceso de conversión incesante, pues “Aquel a quien hay que encontrar está oculto para que le sigamos buscando”<sup>66</sup>. Preciosa consigna, esta de la conversión permanente, que el Obispo de Hipona transmite al hombre de nuestros días<sup>67</sup>. Fue y permaneció siempre —dijo Juan Pablo II— el gran convertido. Grande por los admirables efectos que la conversión obró en su vida, por la actitud constante de humilde adhesión a Dios, por la fe ilimitada en la gracia divina<sup>68</sup>. Desde sus *Confesiones*, pues, le sigue gritando al hombre de hoy: *Tolle, lege*.

Vienen al pelo aquí las iniciales palabras de *Porta fidei*: “A la luz de todo esto, he decidido convocar un Año de la Fe. Comenzará el 11 de octubre de 2012, en el cincuenta aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, y terminará en la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, el 24 de noviembre de 2013”<sup>69</sup>. ¿Cuántos a semejanza de Agustín de Hipona habrán sentido la experiencia imborrable de una conversión radical durante los densos meses de este singular Año de la Fe? Sólo Dios lo sabe. Las altas, sublimes cumbres del misterio vuelven imposible la escalada, ese misterio que invade y colorea la vida misma, que es la gracia que baña sus contornos todos y que responde, por supuesto, al insustituible papel de Dios en cualquier conversión. Se habla mucho del mal, del dolor, de la crisis. Poco, en cambio, de la conversión. Y menos aún de cuanto en ella supone la fe, que es alegría, fortaleza, energía, penitencia, reconciliación, cruz y radiante luz pascual. Semilla, en definitiva, siempre a punto para nuevas y esperanzadoras fructificaciones.

La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo. Nos hace fecundos, sí, porque ensancha el corazón en la esperanza y permite dar un testimonio fecundo: en efecto, abre el corazón y la

---

66 *In lo. tr.* 63, 1.

67 Cf. *Agustín de Hipona, maestro y padre común de nuestra civilización cristiana. Discurso del Papa a los participantes en el Congreso sobre San Agustín*: OR, ed. Semanal, 12/10/86, p. 13.

68 Cf. *Agustín de Hipona, maestro y padre común de nuestra civilización cristiana*, 13.

69 PF 4.

mente de los que escuchan para acoger la invitación del Señor a aceptar su Palabra para ser sus discípulos. Agustín de Hipona lo afirma de modo incontestable: los creyentes “se fortalecen creyendo”<sup>70</sup>. Buenos motivos los del santo para expresarse de esta manera. De sobra sabemos que su vida fue ininterrumpida búsqueda de la belleza de la fe hasta que su corazón encontró descanso en Dios<sup>71</sup>. Sus numerosos escritos, en los que explica la importancia de creer y el fuste de la fe, permanecen aún hoy como un patrimonio de riqueza sin igual, consintiendo todavía a tantas personas que buscan a Dios encontrar el sendero justo para acceder a la “puerta de la fe”<sup>72</sup>.

No es por eso casualidad que los cristianos en los primeros siglos estuvieran obligados a aprenderse de memoria el *Credo*. Les servía como oración cotidiana para no olvidar el compromiso asumido con el bautismo. San Agustín lo recuerda con unas palabras de profundo significado, cuando en un *sermón* sobre la *redditio symboli*, la entrega del *Credo*, dice: “El símbolo del sacrosanto misterio que recibisteis todos a la vez y que hoy habéis recitado uno a uno, no es otra cosa que las palabras en las que se apoya sólidamente la fe de la Iglesia, nuestra madre, sobre la base incommovible que es Cristo el Señor. [...] Recibisteis y recitasteis algo que debéis retener siempre en vuestra mente y corazón y repetir en vuestro lecho; algo sobre lo que tenéis que pensar cuando estáis en la calle y que no debéis olvidar ni cuando coméis, de forma que, incluso cuando dormís corporalmente, vigiléis con el corazón”<sup>73 74</sup>.

Tampoco aparca Benedicto XVI el complejo asunto de los increyentes. Les abre más bien las puertas —y da razón de ello— de los teológicamente denominados *preambula fidei* al escribir:

---

70 *De u.cred.* 1,2, en PF 7, nota 12.

71 Cf. *Conf.* 1, 1, 1, en PF 7, nota 13.

72 PF 7.

73 S. AGUSTÍN, *Sermo* 215, 1, en PF 9, nota 16. No es este el momento de perderse en detalles —interesantes por lo demás— de las célebres *traditio* y *redditio symboli*, es decir la entrega y devolución del Símbolo (el Credo). Cf. al respecto, J. DANIELOU – R. DUCHARLAT, *La catechesi nei primi secoli* (Elle Di Ci. Torino – Leumann 1969) 49-50.

74 PF 9.

No podemos olvidar que muchas personas en nuestro contexto cultural, aun no reconociendo en ellos el don de la fe, buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Esta búsqueda es un auténtico “preámbulo” de la fe, porque lleva a las personas por el camino que conduce al misterio de Dios. La misma razón del hombre, en efecto, lleva inscrita la exigencia de “lo que vale y permanece siempre”<sup>75</sup>. Esta exigencia constituye una invitación permanente, inscrita de manera indeleble en el corazón humano, a ponerse en camino para encontrar a Aquel que no buscaríamos si no hubiera ya venido<sup>76</sup>. La fe nos invita y nos abre totalmente a este encuentro<sup>77</sup>.

El hombre, pues, incluso el desentendido y frío, el increyente diríase, está abocado a, más pronto o más tarde, un encuentro con esta exigencia, en la cual, por lo demás, el protagonismo principal, insisto, es de Dios.

Otra maravillosa lección que la conversión de san Agustín ofrece al hombre posmoderno estriba en la que podríamos denominar oculta presencia divina, o *presencia escondida de Dios*. Su palabra es concluyente: “Tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no lo estaba contigo”<sup>78</sup>. Más aún: “Tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío (*interior intimo meo*) y más elevado que lo más sumo mío (*et superior summo meo*)”<sup>79</sup>.

Acaso sea la fuerza de textos así lo que mejor explique por qué “Agustín de Hipona es para Jaspers —como para tantos otros insignes pensadores antiguos y modernos— el primer pensador cristiano en quien filosofía y teología representan una unidad indivisible. Ahora bien, el hilo conductor de la interpretación jaspersiana de Agustín no es otro que la conversión: pensamiento y vida son, en Agustín, una sola cosa. Es tanto lo que la conversión del joven neoplatónico de Tagaste impresiona a Jaspers que éste tratará de esclarecer

75 *Discurso en el Collège des Bernardins*, París (12/9/2008): AAS 100 (2008), 722, en PF 10, nota 19.

76 Cf. *Conf.* 13,1, en PF 10, nota 20.

77 PF 10

78 *Conf.* 10, 27, 38.

79 *Conf.* 3, 6, 11. En torno a este texto, muy citado por los autores, vid. mis reflexiones en *San Agustín y la cultura* (Col. Manantial 2; Editorial Revista Agustiniana, Madrid 1998) 125s, n. 55.

los entresijos de la misma desde los puntos de vista fenomenológico, psicológico y ontológico”<sup>80</sup>. Y ya dejó escrito atrás lo que la conversión de Agustín supuso en el beato cardenal Newman: “Espíritus afines para numerosos argumentos, fueron almas gemelas en múltiples facetas, empezando por la conversión, lumínica, trabajosa, intelectual y cordial en uno y otro, y continuando por el análisis de la Providencia en los fundamentales aspectos ontológico, histórico y singular o individual”<sup>81</sup>.

San Agustín, por otra parte —la del ecumenismo sin ir más lejos—, “sigue siendo punto referencial de evangelización ecuménica por su mensaje de la conversión, su amor a la verdad, su teología de la unidad y su actitud anti-cismática”<sup>82</sup>. Cautivo de joven en la Secta maniquea, aquella *mujer procaz* como él la califica, estuvo enmallado durante los mejores años de juventud. Un tiempo en el error que lo llevó a unir su vida, durante los turbulentos años cartagineses, a la de una joven como él, *mujer anónima* de las *Confesiones*, con quien llegó a tener un hijo, Adeodato, hecho éste que le ha valido figurar entre el pueblo llano como *el gran pecador que luego fue santo*, ¡y qué santo! El retorno, en cambio, a la fe católica fue lento y trabajoso. Y la gran lección que de todo ello queda es que quien busca la Verdad, aunque por el camino se tropiece y hasta caiga, acaba encontrándola. En ecumenismo funcionarían las cosas mucho mejor si se hiciese prevalecer la conversión del corazón a Cristo en todos los diálogos bilaterales o multilaterales de las comisiones mixtas. Si se aplicase aquel mantenido proceso de conversión que Agustín marcó desde su doctrina y con su vida. Fue y permaneció siempre “el gran convertido por los admirables efectos que la conversión obró en su vida, y grande también por la continuada actitud de humilde adhesión a Dios, así como por la fe total en la gracia divina”<sup>83</sup>.

---

80 LANGA, *San Agustín y la cultura*, 142, n. 99.

81 *Ibid.*, 142.

82 *Ibid.*, 177, n. 58.

83 P. LANGA, *San Agustín de Hipona, Nuevo Año Cristiano*. Agosto (Edibesa, Madrid 2001) 657-658.

## VII. BUSCAR CONVIRTIÉNDOSE Y CONVERTIRSE BUSCANDO

En su histórica visita a Pavía Benedicto XVI dejó sentado que el mensaje de Agustín en este argumento no es sino el camino inacabado de su conversión. “No fue un acontecimiento sucedido en un momento determinado, sino un camino. Y se puede ver que este camino no había terminado en la pila bautismal. Como antes del bautismo, también después de él la vida de Agustín siguió siendo, aunque de modo diverso, un camino de conversión, hasta en su última enfermedad”<sup>84</sup>. De acuerdo, pero vale la pena que maticemos un poco. La teología y la mística agustinianas discurren sujetas a un dinamismo de conversión permanente, más que nada porque “Aquel a quien hay que encontrar —dice preciso— está oculto para que le busquemos; y es inmenso, para que, después de hallado, le sigamos buscando [...]. Porque llena la capacidad de quien le busca y hace más capaz a quien le halla, para que, cuando pueda recibir más, torne a buscarle para verse lleno”<sup>85</sup>. De ahí su inmediato exhorto: “Busquemos siempre, y que el fruto de haber hallado no sea el término de la búsqueda”<sup>86</sup>. En resumen, mensaje de conversión permanente que nos proyecta hacia el constante saboreo de Dios en el alma. Poseídos por Dios y satisfechos de puro insatisfechos de Dios que nos anima y sigue animando hasta darle a Dios alcance y alcanzados nosotros mismos de lleno por Él.

Lejos de limitarse a un hecho sucedido en un momento determinado, la conversión de san Agustín constituye más bien un camino, un itinerario, un proceso; a la postre, un modo habitual de ser y estar. Esto lo refleja maravillosamente su compleja y a la vez simplicísima biografía. Escritos suyos en mano, advierte uno pronto que aquel camino emprendido como competente (o sea el catecúmeno inscrito en el registro de quienes aspiraban a bautizarse en la Vigilia Pascual) no terminó aquella noche santa del 24 al 25 de abril del 387 en la pila bautismal, ya neófito él, sino que siguió prolongándose durante su dilatada existencia con la frescura interior de revivir aquellos días pascuales en Jesucristo, Vida del alma y Redentor del género humano, Luz divina que alumbraba a los hombres y da paz a las cosas; su propia Salud y su propia Verdad<sup>87</sup>. Su renaci-

---

84 BENEDICTO XVI, *Homilía matutina en Pavía* (22 de abril de 2007).

85 SAN AGUSTÍN, *In lo. eu. tr.*, 63,1.

86 *Ibid.*, 63,1.

87 Cf. *Conf.* 9, 6, 14.

miento a la vida nueva, puesto de relieve no sólo por el típico verbo bautismal *renacer*, sino por sinónimos equivalentes y felices como el paulino *revestirse*, de Romanos 13,12<sup>88</sup>, y el no menos expresivo y catequístico *imbutus*, con el que se designa a quien ha sido instruido, y está consiguientemente dispuesto y disponible en los misterios de la iniciación cristiana<sup>89</sup>, le ayudará en su ministerio pastoral, cuando, por ejemplo, recuerde a los hiponenses la obra del sacramento en el alma: “Porque no somos nosotros la luz que *ilumina a todo hombre* (Jn 1,9)<sup>90</sup>, sino que somos iluminados por ti, a fin de que los que fuimos *algún tiempo tinieblas* (Ef 5,8)<sup>91</sup> seamos luz en ti”<sup>92</sup>.

Como antes del bautismo, también después, acabada la semana pascual de catequesis pos-bautismal, la vida de Agustín siguió siendo, de modo diverso por supuesto, camino de conversión, y así se mantuvo frente a maniqueos, pelagianos, donatistas y arrianos, en la *Basilica Pacis* o en su escritorio; así hasta su última enfermedad. Cualquier biografía de san Agustín, por tanto, ha de procurar ilustrar que la vida del santo no fue —¡¡¡sólo!!!— un acontecimiento sucedido en un momento determinado, sino un camino. Pero también fue, sin duda, un acontecimiento biográfico con su lugar y su momento concretos en la biografía del hijo de tantas lágrimas. Tan puntual y medible y preciso, que de él arranca luego el camino del padre y doctor de la Iglesia que, buscando, avanzó, y avanzando, buscó alegre cual expositor y jamás remiso como oyente, siempre puesta la vista del corazón en la meta deseada, practicando una y otra vez las diligencias precisas para discurrir de lo hallado a lo que había que hallar.

Esto aparece con extraordinaria claridad, por ejemplo, en los *Sermones ad competentes*. Y ni que decir tiene que en la sólida teología con que el gran defensor de la fe se enfrenta a los donatistas, cuando, a propósito del bautismo, distinga —y valga de muestra—, entre *tener el sacramento* y tenerlo *ad salutem*<sup>93</sup>. Justo por ese *ad salutem*, que reclama la presencia de la caridad

88 No demos al olvido que Rm 13,13-14 fue el pasaje que Agustín leyó en el huerto, cuando la conversión (*Conf.* 8, 12,29). Para ese *revestirse de nuestro Señor Jesucristo*, vid., v.gr., G. MADEC, *La Patrie et la voie. Le Christ dans la vie et la pensée de saint Augustin* (Col. Jésus et Jésus-Christ 36; Desclée, Paris 1989) 51s.

89 Cf. SAN AGUSTÍN, *C. rud.* 13, 19.

90 Cf. *Serm.* 75, 5; 78, 2; 182, 5; etc.

91 Cf. *Serm.* 28 A; 49, 3; 76, 5; 155, 11; 182, 6, etc. Textos bíblicos, en fin, muy utilizados por el santo en su predicación.

92 *Conf.* 9, 4, 10.

93 Vid. P. LANGA, n. compl. 44. “Habere” - “salubriter”/“utiliter habere”: distinción agustiniana, en OCSA XXXIV (Col. BAC 541). *Escritos antidonatistas (3ª)* (Madrid 1994) 817-818.

actuando en el alma, y ya se sabe que la caridad es *per se* difusiva, debe transmitirse, o sea darse [y uno la da en la medida en que él mismo se da al darla...], justo por eso, digo, puede san Agustín ser calificado de muy actual en cuanto santo de la búsqueda.

San Agustín planteó su vida como búsqueda<sup>94</sup>. Sin esta clave no podría entenderse su conversión. Por eso es el santo de la perfección perfectible: el santo que, una vez convertido, siguió convirtiéndose. Por eso también es el santo entrañable que tanto enseña hoy para también nosotros seguir en este proceso diario de conversión. Estudió y entendió la vida espiritual como un proceso de búsqueda, pues, para él encontrar luego, también un motivo de sosiego y de revelación, de búsqueda para el encuentro, y de encuentro para la búsqueda, para seguir buscando.

Circula por ahí un libro publicado por la Conferencia Episcopal, titulado *Quiénes son y de dónde vienen. 498 mártires del siglo XX en España*<sup>95</sup>, en cuya contraportada aparece una frase, lamentablemente omitidos su autor y su fuente. La frase es *noverim me, noverim te*, que en español quiere decir: “conócame a mí, conózcate a ti”. Esta frase no es ni más ni menos que el dicho de san Agustín esculpido en el libro II de los *Soliloquios*, capítulo 1, número 1, y guarda estrecha relación con su principio de la interioridad, el cual, a su vez, lo hace con el fundamento de la búsqueda divina. Genial san Agustín en esa búsqueda de Dios; búsqueda de la verdad y búsqueda asimismo compartida. Su biografía, por eso, podría resumirse en un proceso de incesante búsqueda de Dios y de continuada e ininterrumpida búsqueda del hombre por Dios y para Dios. Búsqueda, en definitiva, propia del proceso de conversión. Convertirse una vez convertido no es, pues, sino buscar y buscar y seguir buscando a Quien se deja encontrar sólo de aquellos que hacen de la búsqueda a lo divino un proceso de conversión permanente.

Es cuanto yo mismo quise interpretar en 2004 titulado *La interioridad como proceso de búsqueda teológica*<sup>96</sup>. Es el drama que provoca la tensión entre lejanía y cercanía, sólo superable gracias a la conversión. Alejarse de Dios, según el Doctor de la Gracia, pues, conduce a la lejanía de uno mismo, que

---

94 Las palabras inquietud y búsqueda, aparte de que se complementan, son en san Agustín esencialmente definitorias y biográficas. El Papa Francisco las acaba de manejar en su Discurso al Capítulo General de los Agustinos 2013.

95 M. E. GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, *Quiénes son y de dónde vienen* (Edice, Madrid 2007).

96 Vid. P. LANGA, “Inquietud y armonía en el hombre de hoy según san Agustín”: RC 50 / 230-231 (2004), 581-608: 596-599.

es lo más negativo y esterilizador que se puede sufrir. He ahí, por ejemplo, el drama de la descristianización. Toda antropología que, como crisálida que no acaba en mariposa —su natural destino—, marre la diana y no acabe en teología habrá sido un fracaso. Porque ambas se complementan, se necesitan entre sí, se reclaman. Buscar (*quaerere*) y encontrar (*inuenire*), acompañados de sus correspondientes adverbios: con más avidez (*avidius*) y más dulcemente (*dulcius*), contienen la clave de una teología que se resuelve en búsqueda y encuentro y refleja, por tanto, de qué manera tan íntima las relaciones entre el hombre y Dios se traducen en dinamismo y esfuerzo y deleite y donación. He ahí el lenguaje de la conversión permanente. La clave de un Santo Padre de la Iglesia cuya doctrina sigue teniendo vigencia inmarcesible. Así lo han repetido tantas veces los Papas.

Pablo VI, por ejemplo, declaraba al Capítulo general de los Agustinos el 14 de septiembre de 1977: “Somos humilde alumno de este gran Maestro, de Agustín, que aún después de tantos siglos, habla con un lenguaje tan vivo y con un pensamiento tan penetrante, que verdaderamente asombra y deja entrever de verdad la fuerza del Espíritu Santo, que actuaba en un africano, aunque de formación romana, que ha dado al mundo, a la historia, a la teología y al pensamiento del alma tesoros imperecederos”<sup>97</sup>. El Papa Francisco, por su parte, en similar circunstancia —Capítulo General de los Agustinos 2013 esta vez—, basando su homilía en el tema de la inquietud que luce al principio de las *Confesiones* —“nos has hecho para ti y nuestro corazón está *inquieto* hasta que descansa en ti”<sup>98</sup>—, propuso, dentro de ese mar de inquietudes, estas tres: “la inquietud de la búsqueda espiritual, la inquietud del encuentro con Dios, la inquietud del amor”<sup>99</sup>. Las tres, en resumen, confluyen fructíferas y aleccionadoras con todo proceso de conversión, ese que empieza en los llamados sacramentos de la iniciación cristiana y prosigue luego, a lo largo y ancho de la vida, en un crescendo de interioridad trinitaria y de búsqueda teológica compartida.

---

97 *Acta OSA* 22 (1977) 224-225. Cf. G. Díaz, OSA – St. MISCIOSCIA, *Pablo VI cita a San Agustín. Apuntes del Papa Montini (1954-1978)* (Ediciones Escorialenses [EDES] 2004).

98 *Conf.* 1, 1, 1.

99 Vid. *Roma*, 28 de agosto de 2013: *Santa Misa de apertura del capítulo general de la Orden de San Agustín (Basílica romana de los santos Trifón y Agustín)* [[http://www.vatican.va/holy\\_father/francesco/homilies/2013/index\\_sp.htm](http://www.vatican.va/holy_father/francesco/homilies/2013/index_sp.htm)].



**GLOSARIO DE ABREVIATURAS Y SIGLAS**

- AAS: *Acta Apostolicae Sedis*. Città del Vaticano
- AEPHE: *Annuaire. École pratique des Hautes Études*, Paris
- AH: Carta Apostólica de Juan Pablo II *Augustinum Hipponensem*
- Atti: *Congresso internazionale su s. Agostino nel XVI centenario della conversione. Roma, 15-20 settembre 1986*. Institutum Patristicum “Augustinianum”. Roma 1987, 3 vols.
- BAC: Biblioteca de Autores Cristianos
- BLE: *Bulletin de Littérature Ecclésiastique*, Toulouse
- COURCELLE : COURCELLE, P., *Les Confessions de Saint Augustin dans la tradition littéraire. Antécédents et Postérité. Études Augustiniennes*, Paris 1963
- DPAC: *Dizionario Patristico e di Antichità Cristiane*, Marietti – Casale Monferrato (I:1983; II (1984)
- DSA: FITZGERALD, Allan D. (dir.), *Diccionario de san Agustín. San Agustín a través del tiempo*. Editorial Monte Carmelo. Burgos 2001
- EA: Estudio Agustiniiano, Valladolid
- FAE: Federación Agustiniiana Española
- JA: *Jornadas Agustiniianas. Con motivo del XVI Centenario de la conversión de san Agustín*, (Madrid, 22-24 de abril de 1987. FAE – EA, Valladolid 1988)
- LAZCANO: LAZCANO, R., *Bibliografía de San Agustín en lengua española (1502-2006)*. Prólogo de Pedro Langa Aguilar. Editorial Revista Agustiniiana. Guadarrama (Madrid) 2007
- OCSA: Obras completas de San Agustín
- OR: *L'Osservatore Romano*. Città del Vaticano
- OSA : Orden de San Agustín
- PAC : MANDOUZE, A., *Prosopographie chrétienne du Bas-Empire, I.: Afrique (303-533)*, Paris 1982
- PF: Carta Apostólica en forma de Motu proprio, *Porta Fidei*, de Benedicto XVI

RC : Religión y Cultura, Madrid  
REAug: *Revue des Études Augustiniennes*, Paris  
TyC: Teología y Catequesis, Madrid